

E168

P7
V. 2



FSRM

6845

I

City-Hotel.—Primeras impresiones.—Primer romance
á Carrascosa.

PEREZOSA y malmodienta me saludó la aurora del 13,
que 13 había de ser para anunciarme duelos y que-
brantos; y fué el saludo entre tales lloriqueos de lluvia, que
realmente me partieron el corazón.

La gran distancia á que me encontraba de mis compañe-
ros, porque realmente estaba habitando entre las nubes, la
estrechez del cuarto, el amontonamiento de paredes y teja-
dos, cucuruchos de palo y tejavanas, me tenían como preso.

No obstante lo reducido del cuarto, era por demás som-
brío: prendí un cerillo, extrayéndolo de un zoquete de ma-
dera que tiene, en figura de peine, divididos los palillos que
se van arrancando á medida que la necesidad obliga. La
pestilencia á azufre de los tales fosforitos, es intolerable.

La lluvia me redujo á prision.

En el primer piso, en vecindad armónica con el comedor y el salon de lectura, está la barbería, servida por unos negros de greña canosa, corbatas azules y desgovernada chancla, que deja percibir talones como matatenas. Habia tambien unos baños dispuestos, por la pulmonía y el desaseo, á las mil maravillas.

Para distraer mi tristeza, tomé la pluma y escribí á San Francisco á José Carrascosa, dándole cuenta de mis primeras impresiones. Suena la música :

PRIMER ROMANCE A JOSE CARRASCOSA.

Adorado San Francisco,
Padre y consuelo del pobre,
Tú que á la Alta California
Diste tu divino nombre,
Para gloria de los pueblos,
Para encanto de los hombres,
Sabe que miéntras fui tu hijo
Todo eran dichas y goces :
Mar tranquilo, hermoso cielo,
Dulces frutas, lindas flores,
Mujeres como deidades,
Caballeros los varones
Tú me fingiste á mi patria,
Y lo diré con mil voces,
Donde en medio á los ensueños
Olvidaba los dolores,
Y no me sentí extranjero,
Mudo, estúpido, alcornoque,

Ludibrio de la fortuna,
Y ya orangutan, ya poste,
Hasta que dejé tus playas,
Y viendo otros horizontes,
La humanidad se jaspeaba
De razas y de colores,
Y se acercaba la *Irlanda*
Para darme vil garrote.
Llegamos entre las sombras
Arañando media noche,
Que es hora de los espantos
Y de los hechos atroces :
Sumidos entre envoltorios
Naufragamos dentro un coche,
Más brincador que un becerro,
Más estirado que un Dómine,
Y con más inconvenientes
Que una junta de acreedores.
En un hotel no hay posada,
En otro, faltan colchones,
Y por fin, aquí paramos
Cansados de ver visiones,
Y conforme á un presupuesto
En que cada cual dispone
El hasta aquí, si se alarga,
Y el hasta aquí, si se encoge
Eso fué trepar, amigo ;
No era un piso, eran catorce ;
Era un ascenso á la luna ;
Era romperse los goznes ;
Eran el asma y la asfixia
En competencias atroces ;
Eran del aire y del trueno
Los oscuros horizontes,

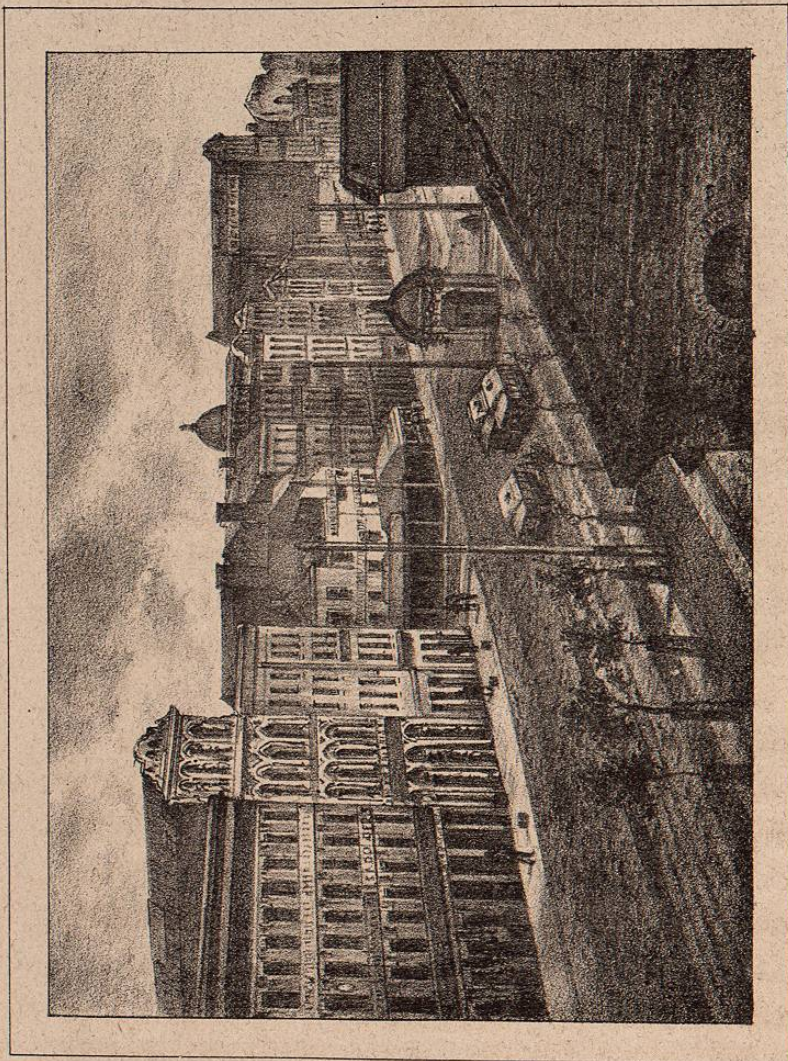
Sin escuchar de la gloria
 Ni el tambor ni los violones.
 Despues de cien escaleras,
 Puentes, trampas y recortes,
 De atravesar por cañutos
 Que atrás dejan, no te asombres,
 La cueva de Montecinos
 Que describe el Don Quijote,
 Entramos por laberintos
 Que los de palacio peores.
 Es maraña endemoniada
 De trapos y de tablones,
 Con entradas de gatera,
 Con puertas como de coche,
 Con ventanas como ojales,
 Con suelos como disponen
 Las soletas los dulceros,
 Su sardina el abarrote
 Este no es cuarto, es cuartillo,
 Es una tira, un recorte
 De madera que ha sobrado
 De uno de féretros molde;
 Si no cabe ni un pujido,
 Si es de prensa el picaporte.
 Pues no, señor hay dos camas,
 Un tocador, dos jarrones,
 Y chimenea y su cómoda,
 Y un ropero como un monte,
 Y ni un resquicio en que quepa
 La pajueta de un chicote.
 Si te encierras, te da asfixia ;
 Si abres, al asma te expones ;
 Si enciendes el gas, te abrasas ;
 Si no, las sombras te comen.

Y qué cama ¡ santo cielo !
 ¡ Qué colchon ! eternos Dioses !
 Dormir sobre una tambora
 Fueran deliciosos goces ;
 Acostarse sobre el vientre
 De un gordo con convulsiones,
 Fuera mejor ¡ huy, qué cama !
 Ni una hora dormí en la noche ;
 Por aquí me voy de bruces,
 Por allá, salto y doy voces ;
 Quiero dar vuelta, y me ruedo,
 Quiero avanzar, y atrás vóime.
 Yo era un corcho que flotaba
 En sábanas y jergones ;
 Era columpio, maroma,
 Gimnasia, danza y *Scotisch*,
 Todo, pero ménos sueño
 Lo que el diablo preparóme.
 Antes del alba estoy listo
 Para hacer mis excursiones ;
 Y como nadie me entiende
 Y todos me desconocen,
 Uno suelta una risada,
 Otro frente á mí se pone,
 Y hay una vieja sospecho
 Que me requiere de amores.
 Entonce emprendo la marcha
 Por pisos y callejones,
 Y por aquí se emborrachan,
 Por el otro lado comen ;
 Yo estoy por dar cien mil gritos
 Y por loco me apercollen ;
 Estoy dado á cien mil diablos,
 Estoy por fin, y por postre,

Llorando por San Francisco,
Por sus cien mil carretones,
Sus carreros y sus chinos
Y su lodo y sus *pic-poques*,
Pero donde tengo amigos
Que yo amo, que me conocen,
Donde no se vive frito
Bajo de un cielo de bronce ;
Donde no vive esta vieja
Toda arrugas y frunzones,
Que me alborota los nervios,
Que me asquea con sus toses,
Y que reclama imperiosa
De furias el uniforme
Ténme piedad, Carrascosa,
Y á recibirme disponte,
Porque si sigo sufriendo
Del destino los horrores,
Monto un día en el de *Pulman*,
Y me escapo á troche moche,
Hasta no dar en tus brazos
Que son puerto á mis dolores,
Y no temo que las penas
Mientras tú vivas, me agobien.

Positivamente, despues de haber vivido en San Francisco, las primeras impresiones de Orleans no podian serme tan agradables como á otros viajeros.

Yo habia conocido á Orleans en 1858 ; me llevaba de la mano la plenitud de la vida, y aunque mis circunstancias no eran mejores que ahora, me sonreia el sacrificio mismo, la vanidad me mostraba coronas de mirto y de laurel en las manos del sufrimiento. Me parecia que al través de los ra-



LIT. H. MARTE, MEXICO

Calle del Canal.
N. ORLEANS.

yos de gloria que circundaban á Juarez, mi patria distinguía á su coplero, y estas extravagantes alucinaciones me hacían feliz.

Y sin embargo, entónces la miseria nos guiaba, la incertidumbre del futuro hacía inseguros y peligrosos nuestros pasos; pero la estrella de Juarez reverberaba en nuestro horizonte con nítidos fulgores, y dentro de mi alma escuchaba yo en mis horas de abatimiento, los preludios del himno triunfal de la Reforma. . . .

¿Dónde están los actores de aquel drama de audacia, de sacrificio y de gloria? ¿dónde aquel ideal que todo lo embellecía cuando cruzaba sobre las alas blancas de la esperanza y se inclinaba para derramar flores en mi camino? Todo había desaparecido.

Me encontraba en la calle del Canal, es decir, en el corazón de la ciudad; tenía á mi espalda el gran río Mississippi, que la limita y la ciñe como un poderoso brazo, motivo por el cual algunos le han llamado la Ciudad semicircular.

La calle en que estoy, tendrá cerca de sesenta varas de ancho, y se descubre á lo largo poco más de una milla. El centro de la calle tiene una calzada amplia, con árboles sembrados de trecho en trecho. En la calzada están tendidos los wagoes tirados por mulas, que cruzan la ciudad en todas direcciones, por el precio de cinco centavos. Hay un tren de vapor. . . . la locomotora reducida, pero primorosa, va dentro de un wagon, y corre con la mayor presteza y seguridad.

En medio de la amplia calle hay un extenso cuadrado con enverjado de fierro, sus altos y hermosos faroles y su escalinata, de donde parten las líneas todas de ferrocarriles. Del

centro de ese cuadro se levanta la estatua colosal de Henry Clay, ardiente amigo de México, hermosa y dominadora.

El aspecto de la calle que describo, sin ser hermoso, tiene cierta grandiosidad por su amplitud, por la vista en sus extremos: del uno, risueñas y frondosas arboledas; del otro, el rio con sus aguas turbias, sus bosques de mástiles, sus ferris, lanzando plumeros de humo, y sus barcas con sus blancas velas tendidas, como grandes alas que brillan con el sol.

Las aceras de esta calle presentan un aspecto extraño y poco artístico: tendrán diez varas de extension las banquetas, y sobre ellas corre con interrupciones, un tejado que las sombrea y se apoya en morillos, en vigas ó columnas.

En la parte superior del tejado se ven, ya ventanas simétricas con sus persianas verdes, del estilo americano, ya balcones á la española, ya extensos terrados descubiertos, ceñidos con desairados barandales.

Unas casas son altas y escurridas, las otras chatas y amplias, interrumpiéndose este pandemonium y este desorden con edificios verdaderamente suntuosos de cantería y granito, con pórticos y columnas soberbias ó templos góticos con sus altas torres, sus ventanas ojivas, sus barandales de fierro, árboles y jardines.

Las azoteas de esas desordenadas casas, se empinan, se cuelgan, se arrastran, hacen maroma, se despatarran, y como que trepan, descienden y se bambolean: añádase á todo esto que no hay dos casas seguidas de un color, sino que son escarlatas, verdes, amarillas; azules, blancas y de color de cantería, y se tendrá el conjunto más carnavalesco del mundo.

Debajo del portal hay los mismos accidentes que en la parte superior.

Un tramo lo ocupan vendedores de fruta con sus vestidos de lienzo rayado y su sombrero de jipijapa. . . . á dos pasos se ostentan almacenes lujosísimos de ropa hecha, con sus hileras de figurines en las puertas, con sus ojos de esmalte y sus brazos agarrotados. . . . Otro paso más, y se halla embarazado por cestos, trastos, canastos, juguetes, huevos de porcelana para coser los puntos de las medias, etc.

Al salir de aquel laberinto, detiene nuestra marcha un hombre que en una mesilla vende tintas y moldes para marcar la ropa, y un vendedor de pegamento que enseña como muestra un plato ó un vidrio rotos y restaurados con el pegamento, suspendidos á ellos enormes pesos para probar su eficacia.

En los suelos, en los postes, en todas las paredes, hay letreros, almoreces indicantes de las boticas, anteojos, y en los *bar-rooms*, exagerados toneles, polichinelas abiertos de piernas, y una cafetera arrojando humo, que es una preciosa ostentacion del vapor (esquina de Canal y Camp).

Las joyerías, las sombrererías, los almacenes de ropa hecha abundan, y ya en las boticas, ya aislados, se ven expendios de agua de Soda, de Vichi, de Saratoga, con sus preciosos aparatos como en San Francisco, y su escolta tambien de sabrosos jarabes.

El conjunto, como hemos dicho, es al extremo desigual, porque si nos hemos detenido complacidos frente á la aduana y el correo, que es un suntuoso edificio de granito, casi no hemos podido dar paso en las cercanías del rio y la estacion del ferrocarril, con jacales por habitaciones, con ban-